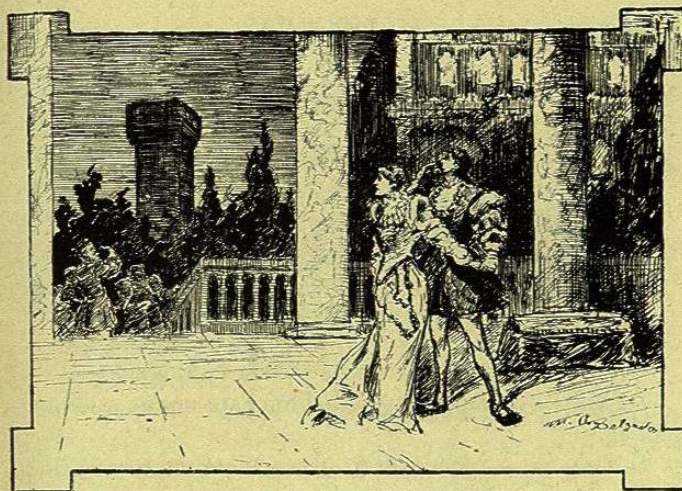
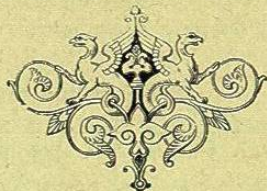


pulcro?... ¡Ah! Estaba solo, perdido ante un imperio. Todo un mundo que aúlla, y amenaza y conspira; el danés á quien tener á raya, el Padre Santo á quien pagar; Venecia, Solimán, Lutero, Francisco primero; mil puñales conjurados centelleando en las sombras; asechanzas, escollos, enemigos por doquiera; veinte pueblos que harían temblar á cien reyes; todo premioso, urgente, pidiendo simultánea solución... Y te llamé diciendo: ¡Carlomagno! ¿por dónde empezaré? Y tú me respondiste: ¡Hijo! por la clemencia!



## ACTO V

### LAS BODAS

#### ZARAGOZA

Galería del palacio de Aragón.—En el fondo una escalera que descende hasta el jardín.—Á derecha é izquierda dos puertas.—Dos arcadas moriscas sobrepuestas cierran el fondo, dejando ver por sus claros los jardines con luces que van y vienen, y en último término los remates góticos y árabes del palacio iluminado.—Música lejana.—Máscaras de dominó, aisladas ó en grupos, pasean por el fondo.—En el proscenio, un grupo de jóvenes, que, con los antifaces en la mano, hablan y rien ruidosamente.

#### PERSONAJES

HERNANI,  
DOÑA SOL.  
DON RUY GÓMEZ DE SILVA.  
DON SANCHO.

DON MATÍAS.  
DON RICARDO.  
DON FRANCISCO.  
DON GARCI SUÁREZ.

## ESCENA I

DON SANCHO SÁNCHEZ DE ZÚÑIGA, conde de Monterey; DON MATÍAS CENTURIÓN, marqués de Almuñan; DON RICARDO DE ROJAS, conde de Casapalma; DON FRANCISCO DE SOTOMAYOR, conde de Bellalcázar; DON GARCÍ-SUÁREZ DE CARVAJAL, conde de Peñalver.

D. GARCÍA.—¡ Viva la novia y viva la alegría!

D. MATÍAS.—Zaragoza se asoma esta noche á los balcones.

D. GARCÍA.—Y hace bien, porque jamás se vió boda más alegre, ni más gallardos novios, ni noche más serena.

D. MATÍAS.—¡ Buen emperador!

D. SANCHO.—Marqués, cierta noche en que íbamos los dos con él en busca de aventuras ¿quién nos hubiera dicho que aquello había de acabar así?

D. RICARDO.—Yo era de la partida. (*A los otros.*) Escuchad la historia. Tres galanes y un bandido, un duque y un rey ponen sitio á la vez al corazón de una mujer. Dado el asalto ¿quién la gana? El bandido.

D. FRANCISCO.—Nada más natural: el amor y la fortuna, lo mismo aquí que en Francia, son dados falsos: el fullero es el que gana.

D. RICARDO.—Yo hice mi fortuna viendo cortejos: primero conde, luego grande, después alcalde de corte. Indudablemente he empleado bien el tiempo.

D. SANCHO.—El secreto de este alcalde consiste en hallarse siempre en el camino del rey.

D. RICARDO.—Haciendo valer mis derechos y mis servicios.

D. GARCÍA.—Y hasta sus distracciones.

D. MATÍAS.—¿Qué ha sido del viejo duque? ¿Está disponiendo el ataúd?

D. SANCHO.—Dejémonos de chanzas, marqués; el viejo es hombre de temple y amaba á doña Sol. Sesenta años tardó en encanecer; un día ha bastado para que encaneciera del todo.

D. GARCÍA.—Dícese que se ha ido á Zaragoza.

D. SANCHO.—¿Querías que trajera á la boda su despecho?

D. FRANCISCO.—¿Y qué hace el emperador?

D. SANCHO.—El emperador está hoy triste. Lutero le da en qué pensar.

D. RICARDO.—¡ Lutero! ¡ Buen asunto de cuidados y penas, que yo acabaría muy pronto con cuatro soldados!

D. MATÍAS.—Solimán también le hace sombra.

D. GARCÍA.—¡ Lutero, Solimán, Neptuno, el diablo y Júpiter! ¿Qué nos importa eso? Las mujeres, las máscaras, la broma...

D. SANCHO.—Esto es lo esencial.

D. RICARDO.—Tiene razón Garcí-Suárez. Yo no soy el mismo en día de fiesta... en poniéndome una máscara, parece que me pongo otra cabeza.

D. SANCHO (*Bajo á don Matías*).—¿Por qué no serán todos, días de fiesta?

D. FRANCISCO (*Indicando la puerta de la derecha*).—¿No es esa la habitación de los desposados?

D. GARCÍA.—Sí. Y pronto los veremos venir.

D. FRANCISCO.—¿Vendrán?

D. GARCÍA.—Sin duda.

D. FRANCISCO.—Tanto mejor. La novia es bellísima.

D. RICARDO.—Y el emperador, muy bondadoso; perdonar á ese rebelde de Hernani, cargarle de títulos y unirle en matrimonio con doña Sol! ¡Pardiez! Si el emperador hubiera seguido mi consejo, dábale á él un lecho de piedra y á ella un lecho de pluma.

D. SANCHO (*Bajo á don Matías*).—De buena gana le daría una estocada á este señor de oropel.

D. RICARDO.—¿Qué estáis diciendo ahí?

(Acercándose.)

D. MATÍAS (*Bajo á Sancho*).—No arméis contienda ahora. (*A don Ricardo*.) Me recita unos versos del Petrarca á su amada.

D. GARCÍA.—Señores ¿habéis observado entre las flores, las mujeres y los trajes de colorines, un espectro, que de pié junto á una columna, manchaba la mascarada con su negro dominó?

D. RICARDO.—Sí, pardiez.

D. GARCÍA.—¿Quién será?

D. RICARDO.—Su estatura, su porte... Sin duda don Pancracio, general de mar.

D. FRANCISCO.—No.

D. GARCÍA.—No se ha quitado la máscara.

D. FRANCISCO.—Ni tenía guardia. Es el duque de Soma, que quiere que lo miren y nada más.

D. RICARDO.—Tampoco, porque el duque habló conmigo.

D. GARCÍA.—Entonces ¿quién diablos es? ¡Pardiez! Helo allí.

(*Entra un enmascarado con dominó negro, y cruza lentamente el fondo. Todos se vuelven á mirarle y le siguen con la vista, sin que él haga caso.*)

D. SANCHO.—Si los muertos andan, así han de andar.

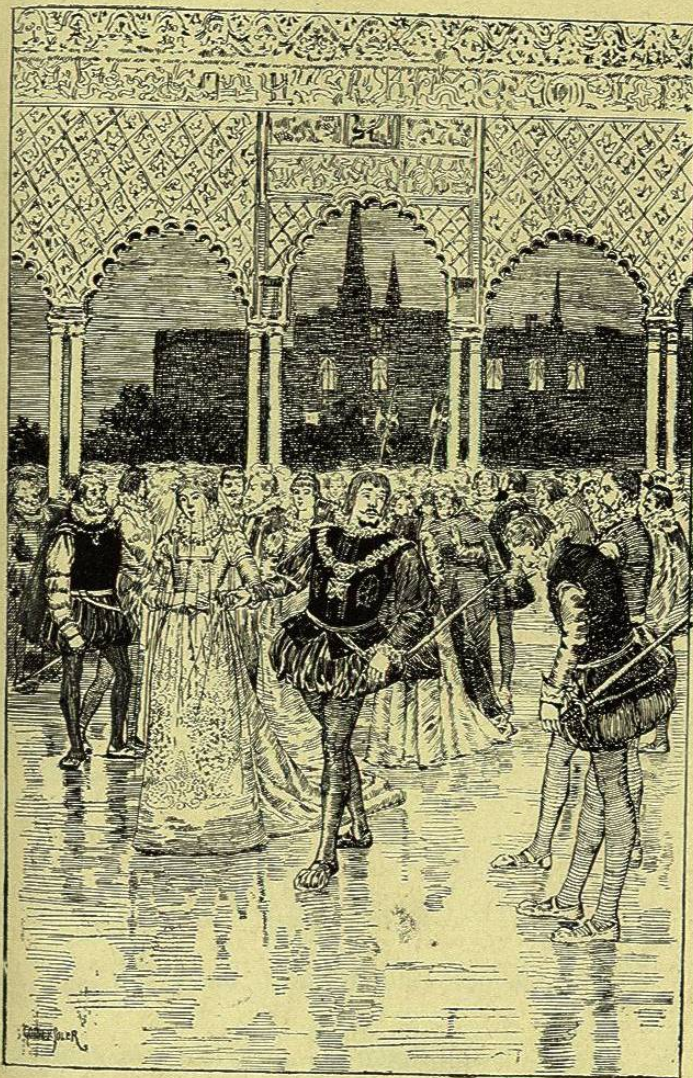
D. GARCÍA (*Corriendo á él*).—¡Máscara! (*El dominó negro se detiene. García retrocede.*) ¡Por vida mia! señores, he visto fulgurar sus ojos.

D. SANCHO.—Si es el diablo, ha encontrado á quien hablar. (*Se le acerca.*) Mala sombra ¿vienes del infierno?

EL MÁSCARA.—No vengo, voy...

(*Sigue su camino y desaparece por la escalera del fondo. Todos le siguen con la vista con cierto espanto.*)

D. MATÍAS.—Su voz es verdaderamente sepulcral.



\*Bodas de Hernani y Doña Sol

D. GARCÍA.—Sea: lo que da espanto en otra parte, hace reír en un baile.

D. SANCHO.—Algún chusco de mal género.

D. GARCÍA.—Y si es Lucifer que viene á vernos bailar, mientras llega la hora del infierno, bailemos.

D. SANCHO.—Alguna bufonada, á buen seguro.

D. MATÍAS.—Mañana lo sabremos.

D. SANCHO (*á don Matías*).—Mirad adónde ha ido.

D. MATÍAS (*Mirando*).—Ha bajado la escalera y... ¿Quién sabe?

D. SANCHO.—Es singular.

D. GARCÍA (*A una dama que pasa*).—Marquesa ¿seréis tan bondadosa...? (*La saluda y le ofrece la mano.*)

LA DAMA.—Mi querido conde, bien sabéis que con vos mi marido las cuenta.

D. GARCÍA.—Mejor que mejor, pues se divierte con eso. Él contará y nosotros bailaremos.

(*La dama le da la mano y salen.*)

D. SANCHO (*Pensativo*).—Es singular.

D. MATÍAS.—¡ Los novios! ¡ Silencio!

(*Entran Hernani y Sol de la mano; ella en magnífico traje nupcial; él de terciopelo negro y el Toisón al cuello. Detrás de ellos multitud de damas y caballeros de máscara, que les dan cortejo. Cuatro pajes les preceden y dos alabarderos les siguen.*)

## ESCENA II

Los mismos, HERNANI, DOÑA SOL, séquito

HERNANI (*Saludando*).—¡ Amigos míos!

D. RICARDO (*Lisonjeándole*).—Tu felicidad hace la nuestra, ilustre Aragón.

D. FRANCISCO.—¡Por Santiago Apóstol! ¡Es la misma Venus!

D. MATÍAS.—¿Hay nada más feliz que un día de bodas?

D. FRANCISCO.—Sí... la noche.

D. SANCHO (á don Matías).—Ya es tarde. ¿Nos retiramos?

(Todos van á saludar á los recién casados, y salen, unos por la puerta, otros por la escalera del fondo.)

HERNANI (Despidiéndolos).—Dios os guarde.

D. SANCHO (Estrechándole la mano).—¡Sed felices!  
(Quedan solos Hernani y Sol. Las luces se van apagando y muy luégo reina la oscuridad y el silencio.)

### ESCENA III

HERNANI, DOÑA SOL

D.<sup>a</sup> SOL.—Por fin se van todos.

HERNANI (Atrayéndola á sí).—¡Amor mio!

D.<sup>a</sup> SOL (Esquivándose ruborizada).—Es que... ya es tarde.

HERNANI.—¡Ángel mio! Siempre es tarde para estar á solas juntos.

D.<sup>a</sup> SOL.—Ya me fatigaba ese ruido. ¿No es verdad que toda esa alegría aturde y ahuyenta la felicidad?

HERNANI.—Dices bien. La felicidad, vida mía, es cosa grave; quiere corazones de bronce y lentamente se graba en ellos. El placer la espanta echándole flores; su sonrisa dista menos de llorar que de reír.

D.<sup>a</sup> SOL.—Es verdad. (Resistiéndose á seguir á Hernani que quiere llevársela hacia la puerta.) Luégo, luégo.

HERNANI.—¡Oh! No soy más que tu esclavo. Bien, permanece aquí; haz lo que quieras... yo no pido nada. Tú sabes lo que haces y para mí aciertas siempre.

Reiré ó cantaré, si quieres. El alma se me abrasa... ¡Oh! Dile al volcán que apague sus llamas, y el volcán cerrará su cráter y cubrirá su falda de flores y verde musgo. Porque el gigante está vencido, el Vesubio es esclavo y ¿qué te importa á ti su corazón candente? ¿Quieres flores? Sea: forzoso será que el volcán, ardiendo y todo, se engalane á tus ojos.

D.<sup>a</sup> SOL.—¡Qué bondadoso eres con esta pobre mujer, Hernani de mi alma!

HERNANI.—¿Qué nombre has pronunciado? ¡Oh! por favor, no me des ya ese nombre, pues me haces recordar que lo he olvidado todo. Sé que en otro tiempo existía como en sueño un Hernani, cuyos ojos fulguraban como un puñal; un hombre de las sombras y los montes, un proscrito que sólo respiraba odio y venganza, un infeliz que arrastraba por todas partes su anatema; pero yo no conozco á ese Hernani. Yo amo los prados, las flores, los bosques, el canto del ruiseñor; soy don Juan de Aragón, esposo de doña Sol. Soy feliz.

D.<sup>a</sup> SOL.—Y yo, y yo. ¡Cuán feliz soy!

HERNANI.—¿Qué importan los andrajos que dejé á la puerta? Vuelvo á mi luctuoso palacio y un ángel del Señor me esperaba en el umbral. Entro y pongo en pié sus derribadas columnas, vuelvo á encender el hogar, abro las ventanas, arraso la yerba del pavés del patio; yo no soy ya más que alegría y amor. Que me devuelvan mis torres y castillos, mi penacho, mi asiento en el consejo de Castilla; venga mi doña Sol, honesta y pura, déjennos solos, y demos por pasado lo demás. Nada he visto, nada he dicho, nada he hecho; vuelvo á empezar, lo borro todo, todo lo olvido. Oh prudencia, oh locura, te tengo á ti, te amo y basta á mi felicidad.

D.<sup>a</sup> SOL.—¡Qué bien sienta ese collar de oro sobre el terciopelo negro!

HERNANI.—Antes que á mi viste al rey con igual traje.

D.<sup>a</sup> SOL.—No lo he notado. ¿Ni qué me importa otro hombre? Y luégo si no es el terciopelo ó el raso... No, duque mío; es tu cuello el que sienta bien al collar de oro. (*Resistiéndose aún.*) Luégo, luégo... Un momento no más. ¿No ves? Estoy alegre y lloro. ¡Cuán feliz soy! Ven á ver tan hermosa noche. (*Van á la arcada.*) Sólo un instante, duque mío; el tiempo de respirar y ver solamente. Todo se ha extinguido: antorchas y música. Nada más que la noche y nosotros. ¡Felicidad perfecta! ¿No lo crees tú así? Mientras todo duerme, vela amorosamente sobre nosotros la naturaleza: la luna sola en el cielo reposa como nosotros y como nosotros respira el aire embalsamado de las flores. Mira: ni una luz, ni un rumor... todo calla. Há poco, mientras hablabas, el trémulo brillo de la luna y el timbre de tu voz, me llegaban juntos al corazón. Sentíame alegre y tranquila, amor mío, y hubiera querido espirar en aquel momento.

HERNANI.—¡Ah! ¿Quién no lo olvidaría todo al encanto de tu voz? Tu palabra es un canto angelical; como á la luz crepuscular de una tarde de verano, ve deslizarse el viajero las márgenes floridas de un río, vaga mi pensamiento por tus melancolías.

D.<sup>a</sup> SOL.—Este silencio es harto lúgubre, y demasiado profundo este sosiego. Dime, amor mío, ¿no querías ver en el fondo una estrella? ¿No quisieras que una voz de la noche tierna y amorosa se alzara de repente y cantara?

HERNANI.—¡Ah caprichosa! Ahora mismo huías de la luz y de los cantos.

D.<sup>a</sup> SOL.—Del baile. Pero un pájaro que cantara en el campo, un ruiseñor perdido en las sombras, allá en una enramada, ó alguna flauta á lo lejos... La música es dulce, desliza en el alma armonía y amor... des-

pierta mil voces que resuenan en el alma. ¡Oh! Sería delicioso. (*Óyese el són lejano de un cuerno.*)

HERNANI.—¡Ah!

D.<sup>a</sup> SOL.—¡Mi deseo fué oído!

HERNANI (*Aparte; estremeciéndose*).—¡Desdichada!

D.<sup>a</sup> SOL.—Un ángel me ha oído; sin duda tu ángel bueno.

HERNANI.—Sí, mi ángel bueno. (*Con amargura.*)—*Aparte.*) ¡Todavía!

D.<sup>a</sup> SOL.—Don Juan, he reconocido el són de esa bocina.

HERNANI.—¿Si?

D.<sup>a</sup> SOL.—Esta serenata, la has dispuesto tú ¿verdad?

HERNANI.—Tú lo has dicho.

D.<sup>a</sup> SOL.—¡Qué baile tan fastidioso! ¡Oh! ¡Cuánto le prefiero el toque de una bocina en el fondo de los bosques! Y más siendo la tuya..... es como tu voz.

(*Óyese otra vez el mismo són.*)

HERNANI (*Aparte.*)—¡Ah! El tigre aúlla y reclama su presa.

D.<sup>a</sup> SOL.—Don Juan, ese sonido llena de alegría el corazón.

HERNANI.—¡Llámame Hernani; llámame Hernani! ¡Aún me persigue ese nombre fatal!

D.<sup>a</sup> SOL (*Temblando*).—¿Qué tienes?

HERNANI.—¡El viejo!

D.<sup>a</sup> SOL.—¡Dios mío! Me espanta tu mirada. ¿Qué tienes?

HERNANI.—El viejo que se ríe en las tinieblas. ¿No lo ves?

D.<sup>a</sup> SOL.—¿Desvarías, bien mío? ¿Quién es ese viejo?

HERNANI.—¡El viejo!

D.<sup>a</sup> SOL.—Te ruego de rodillas que calmes mi inquietud. ¿Qué secreto es ese que te turba? ¿Qué tienes?

HERNANI.—¡Se lo juré!

D.<sup>a</sup> SOL.—¿Se lo juraste?

(*Sigue todos sus movimientos con ansiedad. Detiéndose él de golpe y se pasa la mano por la frente.*)

HERNANI (*Aparte.*)—¿Qué le iba á decir? (*Alto.*) ¿Yo? Nada. ¿De qué te hablaba?

D.<sup>a</sup> SOL.—Me has dicho...

HERNANI.—No, no... estaba turbado... Me siento mal... pero no te inquietes.

D.<sup>a</sup> SOL.—¿Necesitas algo? ¿Qué traigo? Ordéname.  
(*Vuelve á sonar el cuerno.*)

HERNANI (*Aparte.*)—No desiste... ¡mi juramento!  
(*Buscándose el puñal.*) Nada. ¡Ah!

D.<sup>a</sup> SOL.—¿Te sientes peor? ¿Qué tienes?

HERNANI.—Una... una herida antigua, que parecía cerrada y se renueva. (*Aparte.*) Alejémosla de aquí. (*Alto.*) Sol de mi vida, escucha: aquella cajita, que en días menos felices llevaba yo conmigo...

D.<sup>a</sup> SOL.—Ya sé. ¿Qué quieres que haga?

HERNANI.—En ella encontrarás un pomo de elixir, que podrá poner término al mal que preveo. Vé y tráemelo.

(*Sale doña Sol por la puerta de la cámara nupcial.*)

#### ESCENA IV

HERNANI, solo

¡He aquí lo que viene á hacer con mi felicidad! ¡He aquí el dedo fatal que brilla en la pared! ¡Oh! ¡Con qué crueldad se burla de mí el destino! (*Cae en profunda y tormentosa reflexión. Después se desvia bruscamente.*) ¡Y bien!... Pero todo calla... No veo venir á nadie... ¡Si me hubiera engañado!...

(*El máscara del dominó negro aparece en el fondo. Hernani se detiene petrificado.*)

#### ESCENA V

HERNANI, el MÁSCARA

EL MÁSCARA.—«Suceda lo que quiera, siempre que á bien lo tengáis, en cualquier lugar y á cualquiera hora, si creéis que es llegada la de mi muerte, no tenéis más que tocar el cuerno y yo mismo acudiré á ponerme en vuestro poder.» Este pacto tuvo á los muertos por testigos. Ahora bien. ¿Estás dispuesto?

HERNANI (*Aparte.*)—¡Es él!

EL MÁSCARA.—Vengo á tu palacio á decirte que ha llegado la hora y veo que acudes tarde.

HERNANI.—Bien. ¿Qué quieres? ¿Qué vas á hacer de mí? Habla.

EL MÁSCARA.—Puedes elegir entre el puñal y el veneno. Traigo lo necesario. Partiremos los dos.

HERNANI.—En buen hora.

EL MÁSCARA.—Oremos antes.

HERNANI.—¿Para qué?

EL MÁSCARA.—¿Qué eliges tú?

HERNANI.—El veneno.

EL MÁSCARA.—Bien. Dame la mano. (*Le presenta un pomo, que Hernani toma temblando.*) Bebe y acabemos.

HERNANI (*Se lleva el pomo á los labios, y luego lo aparta.*)—¡Oh! Por piedad, déjalo para mañana. ¡Oh! si tienes corazón, ó alma siquiera; si no eres un espectro escapado de las llamas, un réprobo, un fantasma ó un demonio; si sabes lo que es la dicha suprema de amar, de tener veinte años y estar recién casado; si alguna vez ha palpitado en tus brazos una mujer amante y amada, espera, espera hasta mañana. Mañana puedes volver.

EL MÁSCARA.—¡Mañana! ¡Mañana! ¡Necio! ¿Y qué

haría yo esta noche? Morirme. Y ¿quién vendría mañana por ti? No, no; joven, es preciso despachar ahora.

HERNANI.—Pues bien, no. Sabré libramme de ti, demonio. No, no te obedezco.

EL MÁSCARA.—¡Bien me lo temía! Muy bien. ¿Por qué sagrado juramento te obligaste? ¡Ah! por nada... por la memoria de tu padre. Bien puedes olvidarlo: la juventud es ligera.

HERNANI.—¡Ah! ¡Padre, padre mío! Voy á perder el juicio.

EL MÁSCARA.—No, no es más que un perjurio, un sacrilegio.

HERNANI.—¡ Señor duque!

EL MÁSCARA.—Puesto que los primogénitos de las familias castellanas toman á juego el juramento, y faltan á él tan livianamente, adiós. *(Da un paso para retirarse.)*

HERNANI.—Espera; no te vayas tan pronto.

EL MÁSCARA.—Entonces...

HERNANI.—¡ Viejo desalmado! *(Toma el pomo.)* ¡Perseguirme así hasta las puertas del cielo!...

*(Vuelve Sol sin ver al encubierto, de pie junto á la escalera del fondo.)*

## ESCENA VI

Los mismos, DOÑA SOL.

D.<sup>a</sup> SOL.—No he podido encontrar la caja.

HERNANI.—¡Ella! ¡En qué momento!

D.<sup>a</sup> SOL.—¿Qué tiene? ¡Se espanta de mí y vacila á mi voz! ¿Qué tienes en la mano? ¡Horrible sospecha! ¿Qué tienes en la mano? Contesta. *(El encubierto se quita el antifaz. Sol reconoce á don Ruy Gómez y da un grito.)* ¡Veneno!

HERNANI.—¡Gran Dios!

D.<sup>a</sup> SOL.—¿Qué te he hecho yo? ¡Qué horrible misterio! Me engañabas, don Juan.

HERNANI.—¡Ah! He debido ocultártelo. Había jurado morir al duque á quien debí mi salvación un día: Aragón debe pagar esta deuda á Silva.



D.<sup>a</sup> SOL.—Pero tú no te perteneces, tú eres mío. ¿Qué me importan á mi los demás juramentos? Duque, el amor me hace fuerte y contra vos y contra el mundo entero sabré defenderlo.

D. RUY.—Defiéndelo, si puedes, contra un sagrado juramento.

D.<sup>a</sup> SOL.—¿Cuál?

HERNANI.—Sí, juré...

D.<sup>a</sup> SOL.—No, nada te obliga á morir. No, no puede ser. Es un crimen, un atentado, una locura.

D. RUY.—Vamos, don Juan de Aragón.

*(Hernani va á obedecer. Sol se lo impide.)*